

lírico: con mucho trabajo hace usted cuatro quintillas, pobres, insípidas, revesadas y detestables.

Ahora, como poeta dramático, ya es otra cosa.

Pero es otra cosa peor que la de antes, aun cuando parezca imposible.

IX.

Quedábamos, señor Echegaray, en que como poeta dramático es usted peor todavía que como poeta lírico.

Mucho peor. Porque en los dramas de usted no suele haber argumento racional, ni trabazón, ni lógica, ni nada más que una aglomeración caprichosa de crímenes y de sucesos espeluznantes.

Por eso algunos escritores han hecho de los dramas de V. tan buenas parodias; porque como todo es allí convencional ó absurdo es muy fácil ponerlos en ridículo.

Creo yo que de esto usted mismo estará convencido á estas horas; así como de que los éxitos de sus dramas son debidos á la *cofradía* de los tres puntos, interesada en hacerlos triunfar y en popularizarlos, por lo que tienen de desmoralizadores, que no suele ser poco.

Bien me acuerdo de cuando se estrenó *El Gran Galeoto*.

Mucho antes de que usted le concluyera, y no me atrevo á decir antes de que le empe-

zara, no porque no sea verdad, sino porque no lo parece, ya sabía un periódico liberal, que suele ser el que da la consigna para todas las algaradas masónicas, que iba á ser admirable, mejor que todos los anteriores.

Mas como no estaba lejos el drama anterior, *La muerte en los labios*, del que había dicho lo mismo, era menester preparar el terreno, rectificándose y declarando que, respecto de *La muerte en los labios*, se había corrido en las ponderaciones.

Y así salió diciéndolo, tres ó cuatro meses después de haberlo conocido el público.

Llegó la noche de San José del año 81, y toda la secta citada para el Teatro Español acudió á la cita.

Se estrenaba el drama.

La consigna era entusiasmarse á todo trance, ó, por lo menos, aplaudir mucho, aunque fuera sin entusiasmo.

Un admirador íntimo de usted, colocado en la puerta central del salón de butacas, con un roten muy gordo en la mano, hacía, medio en broma, á todos los que iban entrando, esta suavísima insinuación: *Al que no aplauda le dividido*.

No sé si porque aquel caballero se creyera formalmente obligado á cumplir su palabra, ó porque hubiera algún otro que, sin manifestarlo, llevara intención de hacer lo mismo, lo cierto es que un espectador que en el pri-

mer intermedio se permitió dudar de la excelencia de la obra, tuvo que andar á palos.

Y se explica.

Corre un adagio latino en las escuelas que dice: *Contra axiomata negantes, fustibus est arguendum*; y elevado á la categoría de axioma que usted es un Genio, así con ge grande, y que el último de sus dramas, sea el que fuere, es el mejor del mundo; si hay algún discípulo que lo niegue, nada más natural que tratar de convencerle á estacazos.

Análogo procedimiento quisieron emplear unos estudiantes de esos que ganan los cursos por prescripción, cuando los ganan, contra la redacción de un periódico carlista que se rió de los que se entusiasmaban con *El Gran Galeoto*.

Mas dejando á los estudiantes, que apenas suelen tener ideas fijas, como no sea la de no estudiar, y volviendo al aludido periódico liberal, que es el porta-cencerro de los estudiantes desaplicados y de los periódicos y de todo el *servum pecus* que se llama gente ilustrada, ¡qué alborozo el de aquel periódico en la mañana del 20 de Marzo!

Usted se acordará de seguro.

Comenzó por la confesión de que eran medianos todos sus dramas anteriores.

•Nótase (dijo) que Echegaray prosigue su transformación buscando las formas correctas: las escenas, los diálogos, los personajes, tienen ya propor-

ciones armónicas; su lenguaje, sobriedad; las pasiones, movimientos artísticos.....»

Lo cual es decir bien claro que en los anteriores dramas de usted faltaba todo esto.

Y añadía:

«Echegaray edificaba antes con yeso y con barro; hoy edifica con mármol y bronce.»

Y después se metía á profetizar, y decía:

«Esta obra será la más vista, la más aplaudida, la más popular. Sus representaciones serán innumerables.»

Bien sabe usted, Sr. D. José, que el tal periódico no salió profeta; pero también sabe usted que concluyó el campaneó dedicado á celebrar el estreno, con este repique:

«CORONACIÓN.—Me dicen que anoche algunos admiradores de Echegaray le acompañaron á su casa con antorchas.—Aquí no se sabe hacer más que lo ya hecho. Sin embargo, *hay que hacer algo*. El entusiasmo del público no cabe ya en el teatro. Poetas, autores, periodistas, aristocracia, clase media, pueblo..... á vosotros me dirijo. ¿Qué recompensa merece el Genio?»

Había que hacer algo.

Este era el decreto de la logia promulgado por el periódico aludido. Esta es la explicación de todo lo que se ha hecho.

La Epoca y *El Liberal* quisieron coronarle á usted por suscripción.

Pero la suscripción, á pesar de haber tomado parte en ella con cuatro mil reales cierta

dama que acababa de retirar el aceite que su casa suministraba á las lámparas de una iglesia, produjo muy poco dinero, y el proyecto de coronación se quedó en cierna.

Si hubiera llegado á granar, los que recordábamos las palabras de aquel periódico masonizante hubiéramos dicho con resignación: ¡Había que *hacer algo*!

Conste, pues, Sr. D. José, que el éxito feliz de sus dramas ha sido obra de la masonería, pues ellos son malos de remate.

Y conste, que como autor dramático tiene usted dos gravísimas responsabilidades ante Dios y ante la patria; una directa, por el daño que sus dramas han hecho en el público, y otra indirecta, por haber formado, acaso sin querer, discípulos como Leopoldo Cano, cuyos dramas son peores que los de usted todavía.

Y ahora, hay que añadir, Sr. D. José, que el ropaje con que usted suele vestir sus dramas, esto es, la versificación, tan alabada por algunos críticos pudorosos, que queriendo alabar algo, no se atreven á alabar otra cosa, también es detestable.

Prosaismos, ripios, cacofonías, durezas, oscuridades, de todo hay en los dramas versificados de usted; de todo menos poesía.

Ahí va para muestra una redondilla de *El Gran Galeoto*, que no es de las peores ni con mucho.

Habla usted del autor de un libro y dice que

«Gallardamente celebra,
Demostrando no ser zote,
 Amores de Lanzarote
 Y de la reina Ginebra».

¿No es verdad que el ripio del segundo verso ni siquiera podría pasar en los primeros ensayos de un alumno de retórica?

Otra muestra:

¿Es suficiente en paseo
O en mi mesa ó en el teatro...?

¿No es verdad, que para hacer de este segundo renglón un verso octosílabo, se necesita casi tanto esfuerzo como para hallar el sentido común del drama?

Pues si hiciéramos una visita á *Haroldo el Normando* ¡qué cosas encontraríamos por allí! ¡Cuántos *rescolds* particularmente! ¡Hace usted tan gran consumo de *rescoldo*, para concertar con *Haroldo!*..

Por ejemplo, en el monólogo de la escena quinta del acto primero, dice usted ó hace decir á una pobre muchacha, á la cual tiene usted cuidado de sentar junto al *rescoldo* para ir preparando el consonante:

AURELIA.

«Dice cosas tan extrañas...
 La pobre mujer delira...
 (Pausa: se sienta junto al *rescoldo*)
 ¡Cómo se eleva la *espira*
 Del humo en estas cabañas!»,

Antes de pasar adelante, Sr. D. José, ¿no sabe usted que el *rescoldo* no da humo?

Si tenía usted interés particular en que la muchacha viera subir el humo, hubiérala sentado usted junto á la lumbre.

Pero ya se ve; usted necesitaba el *rescoldo*, y... hace usted á la muchacha seguir diciendo:

«Pero no se va jamás...»

¿Quién, el humo, la *espira* ó la pobre mujer que delira?

«Envuelve oprime y *acosa*...
 Y eso que *esta* es más hermosa,
 Más grande que las demás.»

Pero ¿quién es *esta* más hermosa y más grande? ¿Es la *espira*, es la pobre mujer, ó es la cabaña?

(Nueva pausa).

«De mi padre en el castillo
 También un *rescoldo* había,
 Pero no se parecía
 A este *rescoldo* sencillo.

Ya van tres *rescolds* en tres cuartetos, y todos estaban demás.

El primero porque lo que allí necesitaba usted era un poco de humo, y eso no se lo podía á usted dar el *rescoldo*, á lo menos el *rescoldo* que se usa en Castilla y en el *Diccionario*; el segundo, porque en un castillo tampoco suele haber *rescoldo*, sino buena lumbre; y el tercero, porque es lo mismo que el primero.

¡Y decir que todavía están empezando los *rescoldos!*

Siga la niña hablando del castillo:

Por las *muchas chimeneas*
Arrebataban los vientos
Los humos de los sarmientos
Y *los humos* de las teas.

Pero D. José, ¿para qué hace usted ese derroche de humos? ¿No bastaba un humo para cada cosa? ¿O es que se ha propuesto usted demostrar que «tiene usted humos» ó que «gasta usted malos humos», únicas frases en que suele usarse el plural de la palabra?

¿Y las *muchas chimeneas*? ¿Le gusta á usted ese *chas... chi?*

Pero, en fin, no riñamos por eso y vamos adelante.

Siga la muchacha:

«Los escuderos reían
Y las mujeres rezaban...»

Ni los escuderos están siempre riendo, ni las mujeres suelen rezar en la misma pieza ó junto al mismo rescoldo, donde los escuderos se ríen:

«Los escuderos reían,
Y las mujeres rezaban,
Las llamas chisporroteaban...»

Poco á poco, señor D. José.

En primer lugar, las llamas no chisporrotean jamás. No las levante usted falsos testimonios. Lo que chisporrotea es la leña ó el

carbón, ó cualquier otro combustible que tenga huecos llenos de aire que al dilatarse con el calor produzca estallidos.

Parece mentira que no sepa usted esto siendo ingeniero, y además especialista en cosas de quemar, desde que descubrió usted el famoso *quemadero* de la Inquisición, que resultó una fábrica de hules arruinada.

Y en segundo lugar, ¿lo vé usted ahora cómo no era *rescoldo*, sino lumbre, lo que había en el Castillo de Galicia? ¡Bien se lo decía yo á usted!

Si hubiera sido *rescoldo*, como decía por mandado de usted la simple de la chiquilla, ¿cómo había de tener llamas, y llamas que se permitieran el lujo de chisporrotear?

Bueno. Con poetas como usted ya se sabe que hay que pasar por todo. Paso por lo del chisporroteo de las llamas, y hasta por el *gruñido* inverosímil de unos lebreles á quienes hace usted *gruñir* para concluir la cuarta:

«Y los lebreles gruñían...»

Yo no sé por qué habían de gruñir; pues habiendo, como usted dice, buen rescoldo, ó mejor dicho, buena lumbre, y estando, como usted dice también, rezando las mujeres y riendo los escuderos, lo más natural era que los lebreles durmieran estirazados á la larga en medio de la cocina.

Sin embargo, ¿usted quiere que gruñan?

Pues por mí que gruñan hasta que se cansen.

«En fin, yo á todo me amoldo...»

Esto creerán los lectores que lo digo yo, porque realmente me estoy amoldando á todos los malos versos de usted.

Pero no; es usted mismo quien lo dice, ó la muchacha por encargo de usted, y, es claro, en cuanto sepan los lectores que usted es el que dice eso de «á todo me *amoldo*» sospecharán que al final de la redondilla viene un *Haroldo* como una loma.

Porque si no, dirán ellos, ¿qué necesidad teníamos de saber ahora si la muchacha se amoldaba ó no se amoldaba á todo?

«En fin, yo á todo me amoldo
Gracias á la Virgen pura...»

¡Eso! Gracias á la Virgen pura, porque había que preparar un consonante á oscura; que si no, de seguro no se hubiera usted acordado de dar gracias á la Virgen.

No puede decirse que ese verso sea ripio, porque la Virgen Santísima no puede estar de sobra en ninguna parte; mas lo cierto es que usted la puso ahí por el consonante exclusivamente.

Y gracias que para el consonante le convino á usted una oración, que si le hubiera á usted convenido una blasfemia, lo mismo la pone. Siga usted:

«En fin, yo á todo me amoldo,
Gracias á la Virgen pura,

Mi cabaña es más *oscura*
Que esta cabaña de Haroldo...»

Y á nosotros ¿qué nos importa, criatura, que tu cabaña sea más oscura ó más clara?

Y sin embargo, estos dos últimos versos le determinaron á usted, señor D. José, á escribir la redondilla, que es de esas que empieza usted á hacer por la parte de abajo.

No lo niegue usted, porque lo hace usted muchas veces.

Le pareció á usted un día que era buen final de redondilla este:

«Ni se ha hundido el firmamento
Ni han temblado las esferas.»

Y escribió usted encima otros dos versos cualesquiera, llenos de ripios, con lo cual quedó la redondilla hecha.

Quiere usted otro día buscar un contraste, y dice usted verbigracia:

¡Qué frío se siente afuera!
¡Qué calor hay aquí adentro!

Señalando al pecho. Y dice usted para sí: ¡bonito final de redondilla! Con lo cual ya no tiene usted que hacer más que poner encima cualquier cosa.

Y queda hecha la redondilla, por ejemplo, así:

«El mundo no está en su centro,
Yo soy hijo de una fiera:
¡Qué frío se siente afuera!
¡Qué calor hay aquí adentro!

Y el aplauso es seguro.

En la escena siguiente dice usted, ó hace que Haroldo diga:

¡Necio! ¡Conmigo luchar!
Ya verá toda su maña
De qué le sirve. Y *sin saña...*»

¡Es claro! Sin *saña*, aunque no sin ripio.

Un hombre que está loco furioso, y que no conoce otro sentimiento que el de la venganza, ¿qué cosa más natural, teniendo que concertar con *maña*, sino que obre *sin saña*?

Así le gustan á usted las cosas, sin *saña*, y sin sentido común y todo.

Después, entre el bárbaro y la muchacha dicen:

AURELIA. —Perdona.
HAROLDO. —¿Quién es?
AURELIA. —¿Haroldo?

(Ya vendrá el rescoldo: no hay cuidado.)

HAROLDO. —Aurelia.
AURELIA. —Yo soy... venía...
HAROLDO. —Sí, la noche está muy fría,
Quédate junto al *rescoldo*.»

Bueno, pues que se quede.

Y dejemos también *junto al rescoldo* la leyenda trágica y los versos de usted, porque al cabo, aunque surta una chispa y se quemén, no se pierde mucho.

X.

Lamentábase amargamente de su desgracia un ciego en una romería, por no poder gozar del espectáculo que, según el murmullo animado de la gente, debía de ser magnífico; y el monacillo le decía por consolarle: «Ande usted, mi amo, que ¡para lo que hay que ver!»

No sé yo si al ciego le parecería muy consoladora la reflexión del monacillo; lo que sé es que, para ver ciertas cosas que se ven en el mundo, casi era mejor no tener vista.

Figúrense ustedes, que hace unos años *salíme yo una mañana*, no al primer reflejo del sol precisamente, ni creo que al segundo, sino al tercero ó al cuarto, y no tampoco por la puente segoviana, sino por la Carrera de San Jerónimo.

El caso es, que con esta bendita afición á las letras, que apenas me deja vivir, me acerqué al escaparate de la librería de Fernando Fe, á ver qué había de nuevo.

¡Y lo que ví, vive Dios,
Que me hizo estremecer!...